

Harold Brodkey

Primer amor y otros pesares

Traducción y prólogo de Enrique Murillo

H&O Editorial





Título original: *First Love and Other Sorrows*

Primera edición: marzo de 2026

© De los textos: Ellen Brodkey, 1954, 1955, 1956, 1957, 1964

© De la traducción y el prólogo: Enrique Murillo, 1989 y 2026

© De la edición: H&O Editorial, 2026

www.ho-editorial.com

Imagen de cubierta: *Swimming Hole*, estudio de Thomas Eakins

Diseño: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Mari Carmen Aguilera

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 979-13-87914-15-8

Depósito legal: B 5003-2026

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

No se permite el uso de este libro para el entrenamiento de ningún tipo de Inteligencia Artificial.

A William Maxwell

H&O Editorial

H&O Editorial

CUANDO EL MAL ASOMA LA PATITA

Prólogo de Enrique Murillo

Si alguien se pregunta por qué John Cheever y Susan Sontag leían a Brodkey, la respuesta está en este, su primer libro de relatos. *Primer amor y otros pesares* es en apariencia un libro de historias antiguas, incluso anticuadas, pues las mentalidades y los valores sociales que trata pertenecen a un mundo que murió hace muchísimos años. Jóvenes pudorosos que se deslizan hacia el sexo antes de tiempo, madres que valoran la futura pareja de su hija por la fortuna de la familia...

Pero a medida que el lector se mete en las historias ve cómo, de forma subrepticia, Harold Brodkey va soltando cargas de profundidad menos melifluas que sus personajes y que el conjunto de ideas de la época. Pues lo que le interesa a este narrador es, precisamente, ese tema de nuestro tiempo y de todos los tiempos que es la capacidad que tenemos los seres humanos para traicionar los principios por los que, supuestamente, se rige nuestro comportamiento. Por eso Brodkey le interesará tanto al lector del siglo XXI.

Sus relatos forman en conjunto algo a lo que podríamos llamar una novela. Y no solo porque de relato en relato hay a veces personajes que se repiten, e incluso una cierta secuencia temporal en la que van cumpliendo, narrador y personajes, más años. Sino por su homogeneidad de fondo. Los personajes viven vidas modestas en dinero y opciones mentales, pero

siempre sueñan en otros mundos. Viven «atemorizados por los misterios de las relaciones entre marido y mujer», y si se atreven en ese mundo gazmoño a hacer lo prohibido, y se «zambullen en las aguas de la sensualidad», se quedan perplejos: «No supieron qué hacer con eso».

Utilizando imágenes, adjetivos a veces sorprendentes, Brodkey es en este debut literario publicado en 1954 un autor que aún no ha alcanzado la fama, hecho que ocurrió más tarde y le perjudicó, como suele ocurrir. Yo prefiero sus primeros libros de relatos, en donde la aparente conformidad con las reglas del género esconde, otra vez, súbitas desobediencias y divertidas herejías. Esa ironía que se desliza por entre la elegancia de sus frases, que espero haber sabido traducir bien. Fácil no era.

ENRIQUE MURILLO

PRIMER AMOR Y OTROS PESARES

H&O Editorial

H&O Editorial

EL ESTADO DE GRACIA

Mi infancia en St. Louis es cierto matiz de rojo ladrillo, un rojo oscuro, casi melodioso, sombrío, vetado de azul. No me refiero a la real, sino a la falsa infancia que se extiende desde el despertar de la conciencia hasta el día en que abandonamos el hogar para irnos a la universidad. Ese matiz de rojo ladrillo y de follaje verde es St. Louis en verano (el invierno no es más que un cielo gris y el atestado autobús de transporte escolar y las huellas húmedas en el linóleo pardo de la escuela), y ese mismo rojo ladrillo con el cielo pálido es la primavera. Y también es la soledad y el extraño asombro melancólico que sienten los niños cuyas familias han sufrido sucesivas catástrofes.

Recuerdo ese rojo ladrillo, mejor que en ningún otro lado, en la parte trasera de nuestra casa; era el mismo en todas las casas de aquella manzana, y también en la casa donde vivía Edward: Edward era un niño pequeño del que yo me encargaba las noches en que sus padres salían. Al regresar del colegio pasaba por el bulevar y sus horrores (la panorámica de remendones, tienduchos de baratijas, peluquerías, tiendas de animales domésticos, el cine Tivoli y el Piggly Wiggly ya cerrado, y a punto de ser transformado en un Kroger's), y por el lugar desde donde alcanzaba a ver el Templo Masónico, en forma de curiosa reliquia egipcia, y bajo los dos enormes pedestales de cemento que flanqueaban el bulevar (no logro recordar qué

sostenían, pero había en ambos, pintado de color pardo, un gran corazón, así como información respecto a que alguna chica llamada Erica amaba a algún chico llamado Peter), y por la oficina de correos, construida con ladrillo amarillo y cromados, en tiempos de la depresión, y luego solía apresurar el paso hasta el momento en el que, finalmente, al otro lado, más allá de la entrada del garaje de los Apartamentos Castlereagh, llegaba al sitio en donde empezaban los árboles, las casas de ladrillo rojo oscuro y la vacía quietud.

En mitad de esa quietud y de ese rojo ladrillo se encontraba mi vecindario, el lugar espantosamente familiar en el que me sentía exiliado de forma no tan incómoda como en los demás sitios. Había un par de acacias que me parecían bellísimas, creo que porque eran pequeñas y abarcables (no solamente con mi imaginación y mi corazón, sino también con mis brazos). A continuación venía una casa de ladrillo rojo (aunque no del tono exacto) en donde vivían un chico al que yo conocía y un par de hermanos asombrosamente guapos, que además eran fuertes y amables, pero mucho mayores que yo y totalmente desprovistos de interés por mí. Seguía luego un callejón de negro asfalto y otra panorámica, horrible para mi gusto pero tristemente consoladora, de garajes y depósitos de la basura y postes de teléfonos y patios de casas —la nuestra incluida— a un lado, y jardines traseros de los chalets al otro. Yo conocía a mucha gente de los pisos, pero a nadie de los chalets, y esto último era, por supuesto, prueba definitiva de mi horrible degradación y de la profundidad del mar en el que había llegado a hundirme. Me encontraba en el fondo y, a través de las aguas, a través de las cambiantes fajas de luz —a través, ay, de complejidades innumerablemente insoportables—, alzaba la vista para contemplar, en un barco impulsado por el viento, a un chico que tenía una familia y un hogar como los demás.

Tenía yo trece años, y medía un metro ochenta, y pesaba alrededor de sesenta y siete kilos. Aunque mi aspecto (tenía

las orejas muy salidas y el pelo como alambre) me sacaba de quicio, también sabía que resultaba atractivo; más de una chica me había dirigido sus sonrisas, pero ninguna a la que yo hubiese podido amar ni tampoco ninguna de las siete u ocho diosas que iban a la misma escuela secundaria que yo. A partir de segundo curso siempre había sacado las mejores notas —mejores que ninguno de los compañeros de las diversas escuelas a las que fui—, lo cual aterrorizaba al resto del curso. Lo que más les aterrorizaba era que, hasta donde ellos alcanzaban a ver, no me costaba el más mínimo esfuerzo; para mí era como hacer juegos de manos. Nunca me tomaron el pelo, ni me atormentaron; prefirieron, simplemente, aislar-me. Pero me llamaban «enciclopedia ambulante», frente a lo cual no encontré otra respuesta que el alejamiento. Cuando vuelvo la vista atrás, estoy casi seguro de que habría podido encontrar amigos, a condición de que hubiese sabido romper el hielo, y de que no fue mi situación sino mi formidable orgullo lo que les mantuvo alejados; pero no estoy seguro del todo. Tenía muy poca ropa, y toda ella la heredaba de un primo mayor. Jamás pude vestir como los demás chicos.

Nuestro apartamento se encontraba en el tercer piso. Generalmente subía a pie por la escalera de atrás, que estaba montada en una estructura metálica de la parte exterior del edificio. Prefería esa escalera de atrás —era como frotarse una moradura para asegurarse de que sigue ahí— porque era empinada y fea y tenía cubos de basura en los rellanos, y ropa tendida, mientras que la puerta de la fachada daba a un patio con rosales por el que ascendía una escalera con peldaños del mármol amarillento de cierta cantera local, fresco y agradable a la vista y el tacto. Al llegar a la puerta trasera de nuestro piso abría primero la puerta mosquitera y gritaba, para averiguar si estaba mi madre. Su ausencia solía significar que había ido a visitar a mi padre, que llevaba cuatro años agonizando en el hospital y que aún tardaría otros dos en llegar a un acuerdo con la muerte: hasta donde yo sé, esa fue la única demostración de

carácter que llegó a dar en toda su vida, y supongo que es bastante notable, pero yo esperaba, y a veces hasta lo pedía en mis oraciones, que muriese pronto, y no solamente por no tener que visitar otra vez el hospital, cuyas habitaciones blanqueadas estaban saturadas de olores y enfermos viejos (así como de un miedo tangible que me hacía sentir una caída interior, como esa zambullida en el inconsciente que se produce cuando nos anestesian), sino también porque de ese modo mi madre podría volver a casarse y hacemos otra vez ricos y felices. Ella era todavía una mujer encantadora en aquel entonces, una mujer en la que ardía la curiosa incandescencia de la belleza física, y había un hombre que la amaba desde hacía veinte años y que seguía amándola y que quería casarse con ella. Yo anhelaba con todas mis fuerzas que mi padre muriese, pero él se negaba, simplemente. Si mi madre se encontraba en casa, yo trataba de reunir fuerzas para soportar lo que fuese, porque a ella no le gustaba que me sentara a leer; detestaba que leyese. Quería que me fuese a la calle, que me convirtiese en un atleta, que fuera como los demás chicos y que todo el mundo me quisiera. Se ponía furiosísima cuando, ignorando sus consejos, abría un libro; en una ocasión salió corriendo hacia donde yo estaba, con el rostro encendido de ira, agarró el libro (me parece que era *Orgullo y perjuicio*), y lo arrojó por la ventana de aquel tercer piso. En el momento en que ocurrió traté de dirigirle una mueca de burla, porque creía que demostrar aquella furia desproporcionada era cosa de locos, y que era tonta por no haber comprendido que jamás lograría yo ser ninguna de las cosas que ella deseaba que fuese. Pero ahora creo más bien —tal vez con cierta melancolía— que la pobre actuaba así de pura desesperación, angustiada en sus deseos de salvarme. Mi madre temía la llegada de un momento en el que, como un acróbata, yo tendría que trepar sobre sus hombros y sobre los hombros de todo lo que ella había hecho por mí, para luego lanzarme de un salto hacia una vida que ella era incapaz de imaginar (la vida que ahora vivo), y si

pretendía enviarme a esa vida acolchado en lugares comunes, provisto de un cuerpo atlético, e imbuido de un gran respeto por el dinero, era porque creía que esa era la forma más adecuada de embarcarse en tal empresa.

Pero a los trece años solo me preguntaba cómo era posible que una persona tan encantadora fuese también tan imposible. No sé de qué modo, pero mi madre se las arreglaba para que yo sintiese por ella mucho más odio que amor, pese a que en los momentos antes de que me entrara el sueño solía recordar su rostro, dejando que mi memoria empezase con la curvada suavidad de sus párpados para luego deslizarse a través de todo ese sutil juego de sombras y huecos y huesos, y el semirrecordado calor de su pecho, y acababa pareciéndome que esta visión de mi madre, siempre en pie, a media luz (probablemente tal como la había visto de más pequeño, y estando enfermo, tal vez, aunque en realidad no logro recordarlo), era tan bella a mis ojos como el dibujo de una alfombra persa incommensurablemente antigua y gastada. En la visión, al igual que en la alfombra, yo era capaz de ir siguiendo las sinuosidades de las líneas, y experimentar así cierto innominado placer, pero aquello carecía casi de significado para mí, aturdido como estaba por los problemas que traía consigo el hecho de ser su hijo.

Ser judío también me molestaba, pues significaba que jamás llegaría a ser una de aquellas criaturas doradas, uno de esos atletas rubios de fácil encanto. Es posible que, de haber nacido en una familia acomodada, mis sentimientos al respecto hubieran sido diferentes, pero lo dudo.

Mi madre tenía una prima a la que yo llamaba tía Rachel, y solíamos ir a verla tres o cuatro veces al año. Yo detestaba esas visitas. Vivía en lo que se llamaba el Ghetto, una zona de casas viejas del centro de St. Louis, con diminutos porches en la fachada y dos puertas, una para los de la planta baja y otra para los del primer piso. La mayor parte de la gente solo vivía allí hasta que podía pagarse otro sitio mejor; jamás hubo

nadie a quien le gustara vivir allí. Y por esta razón, el vecindario entero tenía un aspecto confuso; la hierba estaba siempre hirsuta, las ventanas solían estar despintadas, a nadie le gustaba aquello. Era ahí donde vivían los inmigrantes cuando llegaban en tren de Nueva York, antes de que pudieran mudarse a los pisos de la zona del Delmar Boulevard, y, con el tiempo, a las zonas residenciales de las afueras: Clayton, Laclede y Ladue. Tía Rachel vivía en la planta baja. Su salita de estar era muy pequeña y estaba decorada con un empapelado amarillo oscuro que jamás llegó a cambiar. Y que jamás limpió, tampoco, porque una vez le hice una marca, para ver qué pasaba, y allí se quedó. El mobiliario tenía vida propia y era aterrador; como esa parte de las pesadillas en que las cosas se ponen tan feas que al final decides despertarte. Siempre me ordenaban que me sentase en uno de aquellos cachivaches de repentinos abultamientos rellenos de crin y mohair, y el tapizado era violeta oscuro y marrón y verde oscuro, y la habitación no tenía ninguna lámpara. Al otro lado de aquellos viejos cortinajes de satén comprados de segunda mano debía de haber aire libre y sol, pero estando allí jamás lo hubiera dicho nadie. Tía Rachel hacía cuanto estaba en su mano por lograr que pareciese la choza de un campesino, y por eso compraba los muebles en tiendas de saldos. Y estaban además, siempre, los olores: el olor a sopa de cebolla y a ajo y a remolacha. Es el único lugar en donde llegué a faltarle públicamente el respeto a mi madre. Siempre había mucha gente a la que yo no conocía, pero que me conocían a mí, y estaba obligado a hacer numeritos. «Diles qué notas sacaste el mes pasado», decía mi madre, o bien «recítales ese poema que le gustó tanto a Miss Huntington». Era en tales momentos cuando más intensa era la sensación de irrealidad. Volviendo la vista atrás, me parece ahora que lo que me asustaba era la fiereza con la que todos me empujaban a ser rico y famoso y suponer de este modo una compensación para las tribulaciones sufridas por todos ellos. Pero yo no quería cargar con esa responsabilidad. Y, de todos modos, si tenía

que convertirme en lo que ellos querían que fuese, y si tenía que ser lo que era, ¿cómo se atrevían a esperar de mí que les aceptase en su insignificancia? Suponían que yo tenía que ir más allá de donde ellos habían ido, y que entonces podría despreciarles, pero que antes tenía la obligación de estar con ellos, y eso no me parecía justo.

Era como si me hubiesen forzado a abrir los párpados, y a ver cosas que yo no quería ver. Tenía la misma sensación que si hubiese participado en algún acto vergonzoso, y no fuese, por lo tanto, una persona buena. Aquello era, en cierto modo, como mis primeras experiencias sexuales: ¿y si alguien se enteraba? ¿Y si se enteraba todo el mundo...? ¿Cómo diablos podría jamás volver a mostrarme despreocupado y valiente? Había leído tantísimos libros de autores ingleses y de Nueva Inglaterra que solo me interesaban la elegancia y la sabiduría, y las casas blancas con adornos de madera, rodeadas de verdes céspedes. Siempre podía consolarme pensando que mi inteligencia bastaría para hacerme famoso (la inteligencia servía para ciertas cosas, según decían), y así podría darles a mis hijos una buena infancia. Pero nadie podía salvar la mía. Yo estaba irrevocablemente condenado a tener una infancia pobre, y era esa irrevocabilidad lo más ofensivo, lo que al final me impidió que llegara a ningún tipo de sensato acomodamiento con la vida, y me situó en una posición en la cual, a no ser que mis sueños se convirtiesen en realidad, no valía la pena vivir. Si los sueños llegaban a convertirse en realidad, por fin tendría, de una forma u otra, mi infancia.

Si cuando yo regresaba de la escuela mi madre se encontraba en casa, a veces me decía que había llamado Mrs. Leinberg para que fuese a hacerle de canguro, lo cual me zambullía en otro de los dilemas de aquella época. Tenía que hacer de canguro para ganar el dinero con el que luego me pagaba el almuerzo en el colegio, y había ocasiones en las que, debido al dilema que me planteaban los Leinberg, prefería abstenerme de comer, o comer muy poco, antes que hacer de canguro.

Pero no había elección; mi madre solía haber aceptado en mi nombre, y había logrado que Mrs. Leinberg le prometiese no trastrochar más de la cuenta, para que yo no perdiese horas de sueño. Y siempre tenía un bocadillo preparado para mi cena, de modo que podía salir disparado, de forma que Mr. y Mrs. Leinberg pudiesen ir a cenar fuera. De todos modos, yo solía comerme el bocadillo mientras leía un libro, en casa, y luego me iba. Cuando bajaba la escalera de atrás, camino de casa de los Leinberg, elevándome a pulso en las barandillas con la intención de desarrollar mi musculatura, pensaba entristecido en mi destino, y deseaba que fuese de otro modo, y me sentía incapaz de comprenderme a mí mismo, de comprender mi soledad, o la cruel privación simbolizada por la panorámica que se divisaba desde el callejón.

Había un atajo que cruzaba los patios traseros y abreviaba el camino hasta la casa en donde se encontraba el apartamento de los Leinberg, pero yo prefería ir hasta mis dos adoradas acacias y quedarme allí unos momentos, amándolas; hasta donde yo sabía, eran mi único amor.

Luego doblaba a la derecha y cruzaba la calle y pasaba delante de un edificio de pisos dispuesto en perpendicular a la calle y con la fachada orientada hacia una extraña hondonada que antiguamente había sido una excavación para los cimientos de otro edificio de pisos, pero que, debido a la depresión, no llegaron a construir. Al otro lado de la hondonada había un bloque de tres casas de pisos, y la tercera era la de los Leinberg. Cada uno de los apartamentos de esa casa tenía por lo menos ocho habitaciones, y la escalera de atrás no estaba a la intemperie, y el edificio tenía sus garajes particulares. Todo eso hacía que fuese muy especial y muy cara, y todo un motivo en aquel barrio.

Mr. Leinberg era fabricante de medicinas, y el negocio le iba muy bien. A mí me parecía muy listo, pero no le recuerdo apenas (en aquellos tiempos nunca miraba detenidamente a los hombres, sino que, tímido y azorado, solía volver la cabeza